

Excelentísimo Señor Rector,  
Querido Vicencosiliario de la ACdP y Capellán de nuestra Facultad,  
Ilustrísimos Señores Vicerrectores,  
Querido equipo decanal, queridos Directores de Departamento, queridos coordinadores de titulación, queridos siempre profesores, becarios, personal de administración y servicios, queridos amigos de la Facultad,  
Queridos alumnos premiados y sus familiares, queridos alumnos todos:

En el acto académico organizado por la LMU para celebrar el ochenta cumpleaños de Romano Guardini, el 17 de febrero de 1965, después del discurso principal realizado por Karl Rhaner, su sucesor en la Cátedra de Munich, Guardini pronunció una corta alocución titulada “Verdad e Ironía”. Después de dar las gracias a colegas, estudiantes y amigos, el octogenario maestro, se preguntó “¿Qué es lo que realmente te queda como fruto duradero de una vida tan larga?”.

Como respuesta, quizá siguiendo la estela de Kierkegaard, Guardini definió su labor intelectual como una “ironía de la búsqueda”; a fin de cuentas toda su vida había estado movida por la búsqueda de la verdad. El término “ironía” nos remite a la mayéutica que Sócrates usó como proceso de alumbramiento de la idea. La ironía sería el primer paso de un proceso de reminiscencia. Así la “ironía de la búsqueda” dejaba constancia de que la verdad es un *excessivum* y que los métodos de acceso a ella son limitados. Ante la limitación de los métodos, Guardini nos enseñó la necesidad de la visión integral, que busca ver el mundo desde el Todo (*Blick auf das Ganze*).

Ver el mundo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad CEU San Pablo, de nuestra Facultad, desde un todo –algo así como la, también guardiniana, *Gestalt*, ese orden que coordina las partes de una determinada realidad en la que cada elemento particular alcanza su sentido de la totalidad y el todo desde la parte singular-, nos ayudará, sin duda, a reflexionar sobre el presente y sobre el futuro. Nos encontramos en una encrucijada académica, un tiempo de apasionante construcción, de esperanza, por tanto. En la encrucijada de la implantación total de los grados, de la oficialización, al fin, de los postgrados, con los vientos favorables de los números de alumnos, en la mayoría de las titulaciones; en esta encrucijada en la que tenemos que dar respuesta a los nuevos perfiles profesionales como son los de Expertos en SEO (Search Engine Optimization) y Expertos en SEM (Search Engine Marketing), Portadistas, Arquitectos de la información, Community Managers –algo que espero hagamos, en parte, con el nuevo Grado en Comunicación para Nuevos Medios-, somos testigos de la extinción de las licenciaturas y de la aparición de un tiempo nuevo y de una Facultad nueva, o renovada, una Facultad que es la de siempre, la que se inició con la Escuela de Periodismo fundada por Ángel Herrera Oria.

Los primeros diálogos de esa obra maestra de T. S. Eliot, *Asesinato en la catedral* nos sirven para desentrañar el sentido del Todo en nuestra encrucijada.

“- El presagio de un acto, del que nuestros ojos se obligarán a ser testigos, llevó nuestros pasos hacia la catedral. Estamos forzadas a ser testigos” - clama el coro.

“El destino espera en las mano de Dios, no en las manos de los hombres de Estado que a veces hacen bien y a veces hacen mal, proyectando y conjeturando, y entre sus manos dan vuelta sus designios en la trama del tiempo” - insiste con machacona sabiduría la voz de la historia.

El sacerdote se pregunta:

“¿Qué paz es posible entre yunque y martillo?”.

Entra en escena Tomás, Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, que recordemos será asesinado al no querer someterse a las Constituciones de Clarendon y aclara:

“No sabemos demasiado del futuro, salvo que de generación en generación las mismas cosas llegan siempre y siempre. El hombre poco aprovecha la experiencia ajena. Pero en la vida de un hombre nunca el mismo tiempo vuelve. Contra la cuerda, arroja la escalera. Únicamente El loco, fijo en su locura, imagina que hace girar la rueda en la cual gira”.

No puedo por menos que agradecerlos de corazón, a todos y a cada uno, el trabajo, el esfuerzo, la generosidad, la entrega con las que construimos el tejido humano y académico de la Facultad en esta encrucijada. Tenemos la oportunidad, quizá única – construir es complejo y costoso, destruir siempre fue fácil-, de elevar la mirada y fijarnos en las metas altas de la Facultad que todos queremos. Una Facultad en la que los alumnos sientan el sano orgullo de la pertenencia; en la que la búsqueda de la verdad sea la que marque los segundos de nuestras inquietudes, de nuestras ilusiones, de nuestros proyectos aún no alcanzados.

En el capítulo señalado como “Divertimento”, de los íntimos descargos de conciencia que escribió Pascal, señala: “Cuando a veces me he puesto a considerar las diversas agitaciones de los hombres, y los peligros y esfuerzos que se exponen en la corte, en la guerra, de donde nacen tantas querellas, pasiones, empresas osadas y a menudo malas, frecuentemente he dicho que toda la desgracia de los hombres deriva de una sola cosa, que es no saber quedarse quieto en la habitación”.

Quizá por una lectura reciente, prefiero, llegados a este punto, cercano ya el punto y seguido al párrafo, o el punto y final al discurso, que sigamos los consejos de Montaigne, cuando escribía en sus “Ensayos” sobre cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos. Si descargáramos sobre el alma de

la Facultad nuestras pasiones tendentes a los objetos falsos, en vez de a los verdaderos, estaríamos iniciando una espiral incontrolable.

Dice Montaigne “a propósito de quienes se encariñan con monitos y perrillos, que de este modo la parte amorosa que hay en nosotros a falta de asidero legítimo, se forja uno falso y frívolo antes que permanecer inútil. Y vemos que el alma, en sus pasiones, prefiere engañarse a sí misma, formándose un objeto falso y fantástico, incluso en contra de su propia creencia, a dejar de actuar contra alguna cosa”.

No nos engañemos: En el sistema educativo, en el sistema universitario, hay hoy demasiados engaños.

Y los engaños son también tentaciones. Decía Nicolás Gómez Dávila, en sus *Escolios a un texto implícito* que “lo que nos aleja de Dios no es la sensualidad, sino la abstracción”. Lo que nos puede alejar del desarrollo de nuestra vocación como profesores universitarios, y de nuestra misión docente, es la incapacidad de tener los pies en la tierra, de mirar a la realidad por lo que es, sabiendo que no es un sueño y que, precisamente por esto, no se nos consiente soñar de verdad sin soñar la verdad. Aunque, como dice el refrán popular, hay, y habrá siempre quien de sueños también viva.

Yo quisiera, querido Rector, terminar hoy mi discurso con una oración. Una oración de quien levantó el sello de mi intervención, Romano Guardini. Es su oración, dirigida a Dios Padre, para pedir Libertad:

“Dame tu Santo Espíritu, para que pueda yo presentir la libertad divina, en que está Cristo, y sienta el anhelo de “la soberana libertad de los hijos de Dios”, que sólo él puede dar. Estoy en este mundo, que me empuja y me ata; me siento invadido por los impulsos de mi naturaleza, que me intranquilizan y engañan; dignese el Espíritu darme la confianza de que estoy llamado a la eterna libertad en ti.

Él me puede ayudar a combatir esa libertad en las necesidades y exigencias de cada hora; a superar lo malo en constante esfuerzo; a hacerme puro y bueno y a dar lugar a su santidad. Y en todo encadenamiento, en toda pobreza y aparente inutilidad, que él nos regale la infalible esperanza de ese día en que caerán todas las cadenas, en el que yo me haga partícipe de la libertad de los hijos de Dios. Amén”.

Muchas gracias.